

Los pastores representaban a los hombres de corazón dócil, que oyendo la voz de Dios le buscan y le adoran, aunque le encuentren en un humilde establo, haciéndole Rey de sus corazones.

En la persona de María se realizan también grandes misterios. Vemos en Ella una criatura elevada a ser Madre de su Creador, una mujer que da a luz al Hijo de Dios, una Virgen que llega a ser Madre sin detrimento de su virginidad, una Madre que da a luz y permanece siempre Virgen. La fiesta de Navidad proclama con singular devoción la divina Maternidad y la perpetua Virginidad de María.

La liturgia de Navidad es a modo de amena floresta de bellísimos textos, que reflejan los divinos fulgores de Belén y que expresan los sentimientos de júbilo y de gratitud de que se halla penetrada la Santa Iglesia. Con ellos ensalza y adora a un Dios que, por el inmenso amor que tiene a los hombres, se dignó tomar nuestra humana naturaleza para ser nuestro Salvador, y al mismo tiempo rinde el homenaje de sus cariñosas felicitaciones a María Santísima Madre del Salvador, por el incomparable honor de su divina Maternidad.

La particularidad más saliente de la liturgia de Navidad consiste en las tres misas que para esta fiesta trae el Misal y que puede celebrar cada sacerdote: la primera, a medianoche; otra, al rayar el alba, y la tercera, en pleno día.

Sin detenernos ahora a analizar despacio las distintas fórmulas de estas misas, sólo diremos que en la primera se propone la Iglesia, sobre todo, honrar el *Nacimiento temporal del Salvador*, que dió a luz María Santísima en el esta-

blo de Belén. En la segunda misa, la Iglesia honra el *Nacimiento espiritual de Jesús en nuestras almas*, figurado por las manifestaciones a los pastores. La tercera, finalmente, tiene por objeto principal honrar la *generación eterna del Verbo*, Dios de Dios, Luz de Luz, consubstancial al Padre.

Siendo Navidad una fiesta tan solemne, no podía menos de tener su Octava, como la tienen las grandes fiestas del año litúrgico.

Pero, a diferencia de las otras Octavas solemnes, como las de Pascua, Pentecostés y Epifanía, que no admiten fiestas de Santos, la Octava de Navidad va acompañada de una magnífica pléyade de fiestas de Santos, las cuales, al mismo tiempo que reciben de Navidad un resplandor especial, sirven como para comentar o ilustrar el misterio mismo de Navidad, rindiendo cumplido homenaje al Niño Dios, fuente de toda santidad.

Ha reunido la Iglesia en derredor de la cuna del divino Infante primeramente la fiesta de San Esteban Protomártir, el primero que derramó su sangre por la fe; luego la fiesta del apóstol San Juan, el discípulo amado de Jesús; después la fiesta de los Santos Inocentes, inmolados por orden del cruel Herodes, y además las fiestas del mártir Santo Tomás de Cantorbery y del Papa San Silvestre.

Por fin, el día de la Octava de Navidad coincide con la Circuncisión del Señor, cuando se le impuso el nombre de Jesús, en cuya fiesta gran parte del oficio litúrgico está destinado a honrar la divina Maternidad de la Virgen María.

